

## TRES EN RAYA

### CAPITULO 1

Se volvió y miró sin ver, a los invitados que llenaban el templo. Aún no acaba de creer que era ella la protagonista de lo que estaba sucediendo en aquellos momentos. Y lo que estaba sucediendo, era nada menos que su boda con Carlos. Una boda inesperada y que había causado sensación, ya que él, su recién marido, se había mantenido soltero hasta los treinta y tres años.

Cuando los novios abandonaron el altar para pasar a la sacristía donde tendrían que firmar, se empezaron a oír murmullos entre los invitados, que aprovechaban para comentar entre sí.

En una de las primeras filas, dos amigas, guapas y bien vestidas, aprovecharon el instante como los demás. Eran las dos de una edad incierta. A las dos se les sabía el bisturí reparador y eran completamente diferentes la una de la otra.

La más alta, inclinó su bien peinada cabeza, cubierta con un estrambótico sombrero que cubría parte de su cabello rubio ceniza, hacia su amiga, más baja que ella y que llevaba el pelo de un rojo subido al descubierto, y le murmuró.

- Menudo gancho que ha tenido María..., con lo joven que es y lo bien que ha sabido elegir.

- Mujer, siendo hija de quien es, no me extraña. Menuda es Clara para buscar maridos a las niñas.

- Sí, hay que reconocerle este mérito. Las tres han hecho buenas boda, pero creo que María, la pequeña, se ha llevado el premio gordo, ¿no estás de acuerdo?

- Hija - la refutó entre dientes - ella tampoco es mal bocado. Su padre tiene dinero para aburrir.

- Bueno, siempre se exagera un poco. Pero no me negarás que pescar a Carlos era fácil. Le llaman el soltero de oro. Eso tiene que significar algo...

- Ahora ya no podrán decírselo - recalcó con mala idea - la multitud de chicas que iban detrás de él. Se lo ha pensado bien, pero siempre pasa lo mismo. Cuanto más tarde se casan, luego lo hacen con auténticos guayabos. Tendría que estar prohibido, ¿no crees? - preguntó con una sonrisa de labios para fuera.

Su amiga la entendió sin necesidad de más explicaciones.

- Tienes razón y, la verdad, que no sé que ven en estas crías. Suelen ser insulsas, apocadas y sin ninguna experiencia.

- Creo que es eso precisamente lo que ellos buscan, jóvenes vírgenes, sin malear.

- ¿Pero quedan esa clase de mujeres? - preguntó con una risita - bueno, no se ha casado joven, pero tampoco es tan mayor, ¿sabes que edad tiene?

- ¿Carlos? Treinta y tres - contestó con seguridad - me lo dijo hace unos días su padre. Cenamos juntos.

La miró su amiga con una mezcla de incredulidad y envidia, reflejada en sus pintados ojos azules.

- ¿Cenaste con él?, no me lo puedo creer, cuéntame, ¿acaso has vuelto a su cama?

La otra se encogió de hombros de forma elegante, queriendo quitar importancia al hecho que acababa de contar.

- Qué quieres...; sabes de sobra que soy muy sentimental y me gusta reunirme de vez en cuando con mis antiguos... - dudó un momento antes de acabar de forma desafiante - amores. Pero no, no he vuelto a su cama y no cenamos solos. Éramos bastantes más, incluyendo a su mujer.

- ¿Estuvo Concha?, ¡qué raro...!, me han dicho que apenas sale y menos con Luis.

- Es que la cena fue una especie de despedida de soltero, pero sin novio, cosas de Concha, indudablemente. Todavía no entiendo como siguen juntos, de verdad. Ella es tan..., ¿cómo te diría?, tan normal... - la miró sonriendo con malicia y algo de suficiencia.

- ¿Quién más estaba, alguien interesante? - preguntó con doble sentido.

- ¡Oh!, mucha gente y muy interesante - le siguió la corriente, sabiendo que con lo que iba a decir, la dejaría más envidiosa de lo que ya estaba. Lanzó un suspiro y acabó dramática - conocí a su nuevo, ¿amor?

- ¿Ya tiene otro?, que capacidad tiene este hombre. ¿La conozco?- había avidez en su pregunta.

- Claro que la conoces y mucho, además. Es Tita - no pudo ocultar el rencor que tenía todavía.

- ¿Tita...?, ¿Petrita? No me lo creo, aunque me lo jures. Estaría loco para hacer una cosa así.

- ¿A qué te refieres? - fingió una ignorancia que no tenía.

- Mujer, me parece muy fuerte liarse con ella. Es amiga de Concha.

- ¿Y eso qué tiene que ver?, yo también soy amiga de Concha.

- No es lo mismo, Pilar. Tu amistad con Concha no es demasiado íntima, mientras que Tita es uña y carne de ella. No le creo tan perturbado como para buscarse una amante en la amiga más íntima de su mujer.

Esta observación que daba en el blanco y que la hizo rechinar los dientes, no mereció contestación. Movi6 la cabeza y se dedic6 a mirar a su alrededor, buscando un blanco para poder seguir hablando y dejar a un lado su relaci6n con Luis.

- ¿Has visto a Claudia?, lleva el Balenciaga de su madre.

- SÍ, la vi al entrar en la iglesia. Ya hubiera querido yo recibir otro igual en herencia. Pero no lleva las perlas de la abuela. Eso es mal seña1.

- Es seña1 de que de nuevo est6n con el agua al cuello - coment6 indiferente su amiga.

- Claro, no se puede llevar el plan de vida que llevan y encima Pelayo manteniendo dos casas.

- ¿Qué puede hacer el pobre? - simul6 compasi6n por su primo - y eso que Fernando ha hablado con él. No puede tenerlas a las dos en el mismo piso, juntitas, para ahorrar - acab6 mordaz.

- No seas absurda, mujer. No podría hacer eso, aunque a Pelayo le creo capaz de eso y de m6s. Pero cuando no se puede...

- ¿Qué?

- Se prescinde...

- ¿De la mujer? - apunt6 la otra con malicia.

Se empez6 a mover la gente ya que los novios, sonrientes y cogidos del brazo, enfilaban hacia la salida. María iba m6s radiante que nunca, lo que provoc6 un nuevo comentario ácido de la rubia.

- Mírala, ser6 joven, pero hay que ver con que soltura lleva las perlas de su suegra - había envidia y rencor en su voz cuando se lo hizo notar a su amiga, a la que no le había pasado desapercibido ese detalle.

- ¿Esperabas acaso que Luis te las hubiera regalado a ti? - le pregunt6 llena de sarcasmo.

Esta no respondió, limitándose a encogerse de hombros, con un gesto que a las claras indicaba que algo así había pensado ella. Molesta por el comentario de su vecina, preguntó cortante.

- ¿Cómo es que has venido sola?, ¿has traído el coche?

- Ya sabes que a Fernando le gustan poco estos saraos, además de que tenía Junta y eso para él es mejor que un baño de erotismo. Pero ha tenido la delicadeza de dejarme el coche y al chofer. Supongo que estará por aquí cerca, así que si quieres te llevo.

Cuando llegaron los novios al Ritz, la mayoría de los invitados estaban allí, esperando, con una copa en la mano. Fueron saludando a unos y otros, cambiando comentarios y recibiendo enhorabuenas.

- ¡Estás guapísima, María, el traje es precioso!

- ¡Chico, ya puedes darme la receta! - el que hablaba miró de forma lasciva a la novia - ¿dónde has dicho que las venden?

- ¿Nos dejarás bailar con el novio? - le preguntó una jovencita recorriendo a Carlos con la mirada, sin importarle nada ni el momento ni las risas que su gesto suscitó.

- ¡Hija!, si parece que fue ayer cuando estuve en tu bautizo - le confió una amiga de su madre - y ya estás casada... - parecía lamentar este hecho y así era, ya que hubiera dado lo que fuera porque su hija hubiera tenido la misma suerte y el mismo gancho que María.

María, aturdida, se limitaba a sonreír, sin contestar la mayor parte de las veces, porque apenas le daban opción a ello. Se sentía flotar y no acababa de creerse que ya estaba casada con Carlos.

Cuando se sentaron a cenar, apenas se pudo relajar. Se sentía el foco de todas las miradas y eso, la ponía aún más nerviosa. Aborrecía, siempre lo había hecho, el espectáculo de las bodas. Y se preguntaba por qué tenían que sentarse los novios en una mesa aparte, como si fueran diferentes del resto de los que allí había.

Carlos, dándose cuenta que su joven y reciente mujer apenas probaba lo que tenía en el plato, le preguntó:

- ¿No te apetece la cena?, ¿quieres que pidamos otra cosa?

María sonriendo, denegó rápidamente.

- No tengo demasiadas ganas. Tiene pinta de estar muy rica, pero no tengo hambre. Todavía me siento nerviosa, Carlos.

Su marido, comprensivo, le cogió la mano y se la apretó.

- Ya no tienes porque, cariño. Ya ha pasado todo y ahora eres mía.

Sí, tenía razón. Había pasado toda la función y ahora era suya. Y empezaban una nueva andadura. Empezaban su vida de casados.

- ¿Tú no estás nervioso? - miró su plato y se burló - ¿o es que los nervios te hacen devorar?

Se habían conocido en casa de los abuelos de María. Estos, que eran amigos íntimos de los abuelos de Carlos, siempre le habían acogido y tratado como si fuese un nieto más. Carlos los quería y disfrutaba visitándolos y manteniendo largas conversaciones con Alfonso, el abuelo de María.

Una tarde, estando él en su casa de visita, había llegado la joven. Fue para él una sorpresa verla de nuevo. La conocía desde luego de otras ocasiones en que se habían encontrado allí, pero para él había pasado casi inadvertida, debido en parte a su juventud. Sabía por Carolina, la abuela, que la joven había estado bastante tiempo en Inglaterra y él apenas la recordaba.

Al verla ahora, le había hecho gracia la mezcla de timidez y al mismo tiempo de audacia que veía en ella. Y sin saber por que se había encontrado pensando en María y deseando verla de nuevo.

Eso fue fácil de conseguir, ya que ella iba mucho por casa de sus abuelos, con los que se llevaba muy bien y a los que quería mucho. Carlos, preguntando a Carolina, pudo coincidir de nuevo con María.

Cuando volvieron a encontrarse, sin pensarlo demasiado, la invito a salir la tarde siguiente. María le había mirado suspicaz, sin comprender el porque de esta invitación.

Carlos, leyendo sus pensamientos, se apresuró a decir para quitarle cualquier duda que pudiera tener.

- Ponen una película, que me apetece ver y quiero ir contigo.

Esa fue la primera salida de una sucesión de ellas, además de llamadas telefónicas diarias.

Poco a poco fue la joven conociéndolo y sintiéndose más y más a gusto en su compañía. Carlos era un hombre simpático y encantador y a pesar de la diferencia de edad, a María se le hacían cortas las horas cuando estaba a su lado.

No le costaba nada hablar con él de cualquier cosa. Le contó su vida, sus aspiraciones para un futuro, lo que le gustaba y lo que no. Y tan a gusto se encontraba, que no llegó a darse cuenta lo poco que él le hablaba de su propia vida.

Y un día, sin saber cómo, supo que se había enamorado de Carlos. No le importó la diferencia de edad y por supuesto no tuvo duda alguna que él sentía igual, pues fue Carlos el primero en hablar de boda.

Clara, la madre de María, pensó que se habían vuelto locos y se echó las manos a la cabeza cuando Carlos fue a su casa para hablar con ellos sobre fechas y demás cosas de una boda.

- Supongo que sabrás a que he venido, ¿verdad? Nos queremos casar lo más pronto posible - al ver su cara de incredulidad, frunciendo el ceño preguntó:

- ¿María no os ha dicho nada?

Aturrullada, asintió Clara.

- Sí, algo nos dijo, pero no la he hecho demasiado caso.

Fue él el sorprendido. Clara, aprovechó esto para preguntar inquisitiva.

- ¿A qué llamáis pronto?

- A un par de meses, tres a más tardar.

La contestación de Carlos, que no esperaba, la alteró más de lo que ya estaba. Nerviosa, sospechando un embarazo, no pudo por menos que preguntar.

- ¿Acaso os corre prisa casaros?

Carlos intuyó sus sospechas y sonriendo movió la cabeza en un gesto negativo. Dándole a entender sin palabras que de embarazo no había nada.

- ¿Por qué no?, quiero a María y no tiene objeto esperar. No quiero, además, que venga otro y me la quite.

María al oírle, sonrió, pero se mantuvo tan silenciosa como había estado durante la conversación. Carlos se dio cuenta que parecía no haber captado las alusiones de su madre. Y, que si lo había hecho, no parecía haberla afectado.

- ¿Habéis pensado lo que se tarda en preparar una boda? - protestó Clara con gesto preocupado sólo de pensar en lo que se le venía encima.

Alzó Carlos las cejas en una muda interrogación.

- Me refiero a todos los pasos que hay que dar y todas las cosas necesarias para que esta salga bien.

- ¿Puedo preguntar que cosas son? Es la primera vez que me caso y no estoy muy al tanto - se burló un poco de las angustias de su futura suegra. Estaba distendido y por supuesto no comprendía la preocupación de Clara.

Ésta, empezó a enumerar usando los dedos de la mano izquierda, intentando hablar de forma tranquila, aunque lo que quería era ponerse a dar gritos al insensato del novio de su hija.

- Está el ajuar, no puedes esperar que María vaya desnuda - separó el dedo meñique del resto - está la casa - separó el anular - la ceremonia, el traje y el sitio del banquete - terminó de separar los cinco dedos que movió en el aire de forma triunfal - y te hablo de las cosas más importantes. Ni me acuerdo lo que tuvimos que luchar cuando se casó la hermana de María. Las flores, los invitados, las invitaciones...., no me digas que nada de esto tiene importancia, porque no tienes ni idea.

Carlos, sin alterarse por la lista de innumerables obstáculos que le había puesto Clara, se los fue refutando uno a uno.

- En efecto, nada de lo que nos has dicho tiene la mayor trascendencia y por supuesto no impiden que nos casemos, ni van a retrasar la boda. La casa ya la tenemos. Vamos a vivir en la que yo vivo. Si María quiere hacer algún cambio, lo puede hacer ahora o después de que nos casemos. El ajuar se compra hecho. Hay tiendas suficientes en Madrid para encontrar lo que ella quiera - acabó en un tono exasperado.

Clara intentó atacar por otro frente, sabiendo que nada de lo que dijese conseguiría cambiar la decisión de la insensata de su hija y el apresurado de su novio.

- La iglesia..., ¿qué me dices de la iglesia? y no me has dicho dónde lo vais a celebrar. ¿Y el traje?, no se lo hacen en dos meses...

- Clara, parece enteramente que no quieres que tu hija se case conmigo - la acusó en tono afable Carlos.

- Sabes que eso no es verdad. Nos gustas mucho para nuestra hija, a pesar que eres bastante mayor que ella.

- ¿Entonces?

- Lo estáis haciendo tan precipitado..., no me dais tiempo para nada - protestó mirando a su hija, como si buscara su ayuda, que no obtuvo. María se mantuvo en silencio como llevaba desde el principio.

- Sí, es verdad que hay poco tiempo. Puede que sea demasiado rápido lo que queremos hacer, casarnos dentro de dos meses. Pero, compréndelo, Clara, no tiene objeto esperar. Yo no soy ningún niño.

- María si que es muy joven - le recordó la madre como si fuese algo que Carlos no supiese.

- Eso no importa, mamá - habló al fin ésta saliendo de su mutismo - y estoy completamente de acuerdo con Carlos en que es una tontería esperar y menos por cosas tan baladíes como un ajuar o un vestido de novia.

- No es baladí - la interrumpió su madre - no pensarás casarte en vaqueros, ¿verdad?

Se encogió María de hombros, dando a entender que eso no le importaría lo más mínimo. No queriendo soliviantar más de lo que estaba a su madre, concedió.

- No, claro que no. Pero puedo usar cualquiera de los de mis hermanas.

- ¿Estás segura que quieres casarte en dos meses? - preguntó su madre suspirando y sabiendo que nada de lo que dijese les convencería. Y mucho menos a su hija. Conocía de sobra su carácter tenaz. En eso, había salido a su padre.

- Lo estoy, mamá - contestó María de forma plácida.

- Yo me lavo entonces las manos. Seréis vosotros los que se lo digáis a tu padre. ¿Dónde pensáis casaros?, las iglesias están dando un año o más de plazo...; acuérdate de la boda de Cecilia...

Fue Carlos el que la tranquilizo al contestar:

- En nuestro caso no hay problema alguno, Clara. Ya he hablado con un primo de mi madre que está en el colegio dónde yo estudié y él se ha encargado de solucionarlo todo. Tenemos fecha incluso.

- ¿Y la cena?, porque supongo que después habrá cena - preguntó con la voz cada vez más débil.

- También está solucionado - volvió a responder Carlos haciendo acopio de paciencia - ¿acaso no sabes que mi abuelo tiene una gran amistad con el director del Rits?

María se pasó la mano por la boca para ocultar la risa que estaba apunto de soltar. Su madre ya no sabía que pegas poner. Sintió pena de ella, pero no se podía quejar, se lo habían dado todo hecho. No iba a tener que mover un dedo y llevarse un sofocón detrás de otro como en las bodas de sus hermanas.

Ante todas estas alegaciones, Clara no tuvo más remedio que rendirse, como lo hizo Enrique, el padre de María cuando más tarde hablaron con él y le presentaron los hechos consumados. Se limitó a darles su bendición y desearles que fueran muy felices.

Con tres hijas y dos de ellas casadas, sabía que lo más fácil era decir a todo que muy bien. Conocía a Carlos y conocía a la familia y nada tenía a que éste se casase con su hija pequeña. Si acaso, le veía un poco mayor para ella, pero, si a su hija no le importaba los catorce o quince años que la llevaba, nada podía objetar él. Agradecerle a su hija que no organizara dramas como habían hecho sus hermanos en situación semejante.

María, a pesar de que Carlos le había dicho que cambiase lo que quisiera de la casa, pocos cambios hizo. Le gustaba tal y como estaba en esos momentos. Únicamente el dormitorio sufrió variaciones y fue el motivo del único enfado entre ellos.

- ¿Te parece bien que pongamos dos camas? - le había preguntado Carlos cuando hablaron de cambiar la que él tenía.

Ella le había mirado incrédula, sin comprender lo que su novio pretendía.



- ¡Dos camas!, ¿por qué? - había querido saber escandalizada.

Carlos no supo bien como explicarle sus preferencias y parecía molesto por tener que hacerlo.

- Pensé que te gustaría seguir durmiendo sola - alegó incómodo - ¿no crees que es más cómodo? Además, si alguna vez alguno de nosotros está enfermo...

María, sin entender las pueriles razones que su novio alegaba, optó por echarse a reír.

- Para casos así tenemos un dormitorio más. Pero puedes estar seguro que aunque estés enfermo, no te dejaré solo.

Carlos no sabía que más alegar para hacerla cambiar de opinión.

- Verás, yo tampoco he dormido nunca con nadie...

- Pues como ahora vamos a vivir juntos, lo lógico es que también durmamos juntos, ¿no? Quiero una sola cama, Carlos. Todo lo grande que tú quieras, pero una sola.

Carlos había optado por encogerse de hombros, sabiendo que no sería una buena política empezar a discutir ya y menos, por un asunto tan tonto.

Su corto noviazgo no había dado lugar a nada más que unas relaciones totalmente "blancas", según pensaba María a veces. Ella sabía que prácticamente todas sus amigas se habían ido a la cama con sus novios antes de casarse. Claro que todas habían tenido unos noviazgos largos, que habían dado lugar a viajar y, si viajaban, dormían en la misma cama.

Pero su noviazgo no había sido lo suficientemente largo ni para ir al Escorial... y Carlos, además, se había comportado con entera corrección. Tanto, que a veces María que más que novios parecían buenos amigos.

Veía poca pasión en él, pero no le había dado demasiada importancia. En realidad fueron pocas las veces en las que pensó en ello, en las ajetreadas semanas que tuvo para preparar la boda. Y ella, se consideraba un poco anticuada y muy romántica y había preferido llegar virgen al matrimonio. Una vez casados, los dos podrían dar rienda suelta a su pasión, que pensaba María la de Carlos sería igual de fuerte que la suya.

Cuando acabó la cena y después de que hubieron saludado a los invitados de mesa en mesa, empezó el baile, inaugurándolo, como era de rigor los novios.

Después, tuvieron ambos que bailar con familiares, amigos e invitados, hasta que María perdió la cuenta. Sedienta y sobre todo cansada, decidió ir unos instantes a sentarse y además de beber agua, que era lo que le apetecía, descansar un momento los pies. Vio a su abuela sentada con un grupo de amigos y optó por ir allí y sentarse un rato con ella, ya que apenas habían podido hablar.

Apenas había dado unos pasos en dirección a la mesa, cuando fue interceptada por un hombre desconocido para ella.

- ¿Puedo bailar con la feliz novia? - la pidió con una voz de barítono que a María le gustó al instante.

Le miró con sorpresa y curiosidad, ya que para ella su cara era completamente desconocida. Vio ante sí a un hombre muy atractivo, delgado y, aunque no era demasiado alto, su porte erguido le hacía parecer más de lo que era. Elegante, rondaría los cuarenta, si no lo había pasado y tenía los ojos verdes más increíbles que ella había visto en su vida.

El se mantenía esperando la decisión de María que, por un momento, no supo reaccionar. Sólo al ver su gesto burlón, se dio cuenta de que estaban en medio de la pista de baile, parados, mirándose en silencio.

Sonriendo, dejó que la enlazara y dieron los primeros pasos, antes de que ella le preguntase.

- No creo haberte visto antes, durante la cena..., ¿te conozco?  
Él la miró con sus ojos llenos de burla y negó escuetamente.

- No.

Guardaron nuevamente silencio, que María, molesta con el mutismo de su pareja, rompió al volverle a preguntar.

- ¿Eres amigo de mi familia, de mis cuñados?

- No.

Procuró sonreír, aunque el laconismo de éste la estaba poniendo nerviosa.

- Entonces..., claro, eres amigo de la familia de Carlos, ¿verdad?

Volvió a negar él, sin dejar de mirarla con sus ojos cada vez más burlones.

María ya se sentía sumamente molesta con él. Empezaba a desear que se acabase la música y marcharse de su lado. Su forma de mirarla le hacía sentirse como una estúpida. Se paró y nerviosa, le preguntó directamente con la voz más aguda de lo normal.

- Entonces, ¿quién eres?

- ¿Quieres saberlo?

- Claro...

- Soy el amante de tu marido.